

**ENRIQUE GÓMEZ ROYO**  
***IN MEMORIAM***

*In lumine tuo videbimus lumen*  
(Sl. 35)

El 18 de abril falleció un querido y admirado compañero, Enrique Gómez Royo, Catedrático Emérito de Derecho Romano. Evocar su personalidad no es tarea fácil, porque los sentimientos pueden dominar sobre la razón, por lo que no tengo la certeza de saber si seré capaz de encontrar las palabras oportunas con las que describir mi consternación. Pero me siento en la obligación moral de rendir un sentido recuerdo a su persona.

Nadie está lo suficientemente preparado para la muerte de un amigo. Lo recuerda Sartre, cuando, a la muerte de Merleau Ponty, escribió: “La muerte como el nacimiento, es una encarnación: la suya, sin sentido, pleno de indescifrables significados, realiza en lo que nos concierne la contingencia y la necesidad de una amistad sin felicidad [...]. Esa amistad abolida en el momento de renacer [...] perdura en mí como una herida eternamente abierta”.

Cuando lo conocí, en julio de 1997, nada me hacía pensar que ante mí se hallaba un hombre bueno, honesto, amable y profundamente entrañable. Él era un reputado Catedrático de Valencia, y yo, por aquél entonces, firmaba mi primer contrato como Ayudante de Universidad. Su prestigio como romanista le precedía. Su conocimiento del alemán, del latín y del griego, así como sus periódicas estancias en Múnich, formaban parte de un *curriculum vitae* que, para un advenedizo en la materia, asustaba. Para qué negarlo. Mi sorpresa fue que me encontré con un hombre que poseía un rostro amable y un trato tan afable que, a buen seguro, cabe aplicarle lo que, en cierta ocasión, Theodor Mommsen le dijo a Ranke: “es usted el más indulgente de nosotros”. Ese fue el estilo intelectual y vital de nuestro querido *Heinrich* –como cariñosamente le llamábamos sus amigos de Valencia–, una forma de ser en la que se combinaba la comprensión y el rigor, la sabiduría y la humildad, la cortesía y la fina ironía.

No creo faltar a la verdad si afirmo que, desde muy pronto, mantuve una relación muy enriquecedora con Enrique. Muy probablemente esta se iniciara con una anécdota que suelo contar a mis alumnos. Durante los dos primeros años de mi estancia en Valencia, Enrique deseaba que los profesores más jóvenes pasáramos las tardes en el despacho, trabajando. Este tema lo llevaba especialmente mal, porque toda mi producción científica la he realizado en el despacho de mi casa. En mi buhardilla tengo parte de mi biblioteca, y un espacio de relativo silencio y quietud, condiciones indispensables para realizar cualquier trabajo académico que se precie. Para un hombre autodidacta como yo, su exhortación no tenía cabida, por lo que la incumplía con impúdica frecuencia, lo que me reprochaba, pero nunca con aridez. Todo terminó el día que entró en mi despacho y vio que tenía ante mi mesa las galeradas de dos futuras monografía. Ante los textos, se sentó, se quitó las gafas, y, con su típica media sonrisa, me dijo: “El tiempo, querido “Alfred”, es como un acordeón: se puede ensanchar cuanto deseemos. Veo que tú lo has ensanchado. A partir de ahora, sigue trabajando en casa”. En ese instante rompí el muro que la edad y la admiración hacia su persona había levantado en torno a él. Cada año, en cada curso, les recuerdo esas mismas palabras, e

invito a mis alumnos a que ensanchen el tiempo, a que aprendan que la labor, el trabajo y la acción son tres actividades fundamentales, “porque cada una corresponde a una de las condiciones básicas bajo las cuales se ha dado al hombre la vida en la tierra”. Antes de que leyera estas palabras en *La condición humana*, de Arendt, Enrique me las había enseñado con su actitud y sus buenos consejos.

Con Enrique Gómez Royo desaparece una forma de entender la vida académica, alejada de las modas y de los cánones al uso. Su mundo no se reducía al estudio de la Antigüedad clásica, del que era un profundo conocedor, iba mucho más allá. Como buen docente que era, supo entender, como muy pocos, que la educación, en tanto que *paideía*, surge del diálogo con aquellos textos que nos permiten hablar con ese saber que la humanidad ha ido acumulando a lo largo de los años, textos que no dudó en dar traslado a sus alumnos, con los que, tan a menudo, creó un espacio comunicativo en esa pequeña *ágora* griega que era su despacho. Sí, Enrique Gómez fue un ser entrañable, una persona capaz de transmitir no solo una manera de estar en el mundo, sino una forma de ser, de sentir y de pensar.

Nunca se consideró un Maestro. Seguramente su humildad se lo impedía. Sin embargo, formó a tres discípulos, de los que se sentía muy orgulloso: la profesoras Amparo Montañana Casani y Carmen Lázaro Guillamón, hoy docentes en la Universidad de Castellón, y el profesor José Miguel Piquer Marí, querido compañero de la Universidad de Valencia. Pero no cabe duda de que fue un gran Maestro. Así lo sentíamos sus compañeros. Todos éramos conscientes de que su formación distaba de la nuestra. Sabía “latines”, “griegos”, “alemanes”, dominaba la Filosofía, la Patrística, la Canonística, pero, sobre todo, le admirábamos por su talante, por la forma en que trataba a las personas, por esa bonhomía que le hacía ser indulgente con todos. Quien ha tenido la fortuna de tenerle en algún Tribunal, ya sea de Cátedra, de Titularidad o de Tesis Doctoral, lo sabe bien. Nunca una crítica azarada. Nunca una mala palabra. Nunca un ataque *ad hominem*. Todo lo contrario. Sus palabras eran de aliento, de comprensión y de profunda generosidad. En esto, también era un Maestro. Un gran Maestro.

A Enrique todos le debemos muchas cosas, tanto en lo personal como en lo académico. No reconocerlo constituiría un acto de ingratitud imperdonable. Por lo que a mí respecta, siempre me ayudó y me aconsejó; siempre sentí su aliento y el orgullo, nada disimulado, de ver cómo, a su juicio, iba creciendo, poco a poco, en esta ardua y no siempre bien ponderada profesión nuestra. Uno de los consejos que más he agradecido fue el que me incardinara en la Escuela de Antonio Fernández de Buján. Por Antonio sentía profundo aprecio, en lo personal y académico. Un buen día me dijo: “Alfred”, te aconsejo que escribas en la *RGDR*, y, a ser posible, espero que sea más pronto que tarde te vincules a su Escuela. La vida me ha enseñado que no caminamos solos, que lo hacemos apoyándonos en personas que, por haber vivido más o por poseer mayores conocimientos, saben orientar los pasos que debes realizar. En el ámbito académico –y en el personal–, tres personas, muy queridas por mí, han sido decisivas en mi vida: Jesús Daza Martínez, Enrique Gómez Royo y Antonio Fernández de Buján. Tres Maestros. Los tres tuvieron relación entre sí, pero, no cabe negarlo, la mayor vinculación y el mayor afecto se dio entre Enrique y Antonio. Encuentro tardío el suyo, pero encuentro sincero y amigable. Ambos sentían una profunda admiración por la labor que habían hecho cada uno. Debo manifestar que de Antonio solo le he escuchado palabras de reconocimiento a su persona y a su obra. Siempre me ha manifestado que le tenía por un hombre sabio, pero sobre todo, por un hombre bueno. En esto, tampoco se

equivocaba, porque Enrique era ese hombre tranquilo y bondadoso, ponderado en las formas y riguroso en la vida académica, una vida que hacía suya, porque sentía la Universidad como parte de su ser. Ese “ser” universitario era lo que le llevaba a compartir sus conocimientos, hasta el punto de que era habitual en él ayudarte en la traducción de un texto complejo y de difícil lectura, sin pedir nada a cambio, muy al contrario, se sentía halagado por haber podido servir de ayuda. Así era Enrique. Una maravillosa *rara avis*.

No cabe duda de que la Universidad de Valencia, la romanística y la cultura clásica están de luto. Lo está porque con su persona desaparece un docente que transmitió, a un sinfín de generaciones, esa verdad eterna que afirma: “nosotros somos los griegos”.

Querido Enrique, descansa en esa infinita Paz que tanto te has merecido. A nosotros, tus amigos, nos queda tu gran legado, que no es otro que tu palabra y tu inmensa humanidad (*Aere perennius*).

Valencia, 19 de abril 2020

Juan Alfredo Obarrio Moreno  
Catedrático de Derecho Romano  
Universidad de Valencia